

SANTOS VEGA



Menudencias



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

—

1888

Menudencias

Imprenta de Pablo E. Coni é hijos, Alsina, 60; Perú, 334.

SANTOS VEGA



Menudencias



.

BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

—

1888



LA HIJA DEL RECTOR



Era un colegio, — y sesenta alumnos internos purgaban en él, sus pasadas rabonas los unos, su revoltoso carácter los otros. El edificio se levantaba á alguna distancia de la ciudad, en medio al campo solitario, dejando ver entre los follajes de los eucaliptus y de los paraisos que lo rodeaban, las tejas rosadas de sus techos, y sus muros color ladrillo. Sin horas de clase, sin horas de estudio, sin catedráticos, sin celadores, aquel edificio aislado habría hecho las delicias de

los muchachos ; pero, así como era, la vida del colegio tenía sus momentos de vida de penitenciaria, de vida de celda, bajo el régimen de un silencio absoluto, burlado apenas por el lenguaje de los signos y uno que otro murmullo de conversación, sostenida en voz baja, y semejante al del volido tranquilo y pesado de una mosca.

Cierto es que, la turbulenta algazara de los recreos, las incansables correrías sobre el terreno verde y llano como mesa de billar, el descender y trepar por las barrancas que servían de muralla al río que rodaba á sus pies, la persecución de las víboras y de las lagartijas, el asalto cruel de los nidos que los pájaros escondían bajo las matas espinosas de los cardos, los apedreos á los pájaros mismos, todo eso, y mucho más, compensaba el insoportable fastidio de las horas de reclusión.

A las nueve de la mañana, el recreo solía animarse. Era la hora en que los externos, con su carga de libros debajo del brazo, y fumando tranquilamente sus cigarrillos de papel, empezaban á aparecer, por los cuatro vientos, en los silenciosos caminos, para asistir á la primera clase. Otros, y especialmente en los días lluviosos, hacían en *diligencia* el viaje de la ciudad al colegio; y se descolgaban mucho antes de llegar al establecimiento, ya para organizar algún *rescate*, ya para guerrillear entre sí, eclipsando el sol con una nube de terrones. Pero, llegaba la tarde, y los externos se iban, y los internos se quedaban, vagando por la esplanada desierta; y volvían las horas amargas, las horas en que la nostalgia del hogar lejano solía invadir el espíritu hasta entristecerlo.



Hubo un tiempo, en que, toda aquella turba de colegiales de catorce y diez ocho años, se sintió convulsionada. No eran protestas contra aquellos caldos sin un ojo de grasa, contra aquel pedazo diario y siempre igual de carne hervida y negra, deshecha en fibras y salpicada de uno que otro grano de arroz recocado; no eran rebeliones contra el ecónomo, que llevaba las economías hasta dejarlos sin comer y sin beber; — nada de eso hubiera despertado tan vivas preocupaciones como las que dominaban en la mayor parte de las cabezas juveniles de los internos. Era que se habían enamorado de la hija del Rector.

El Rector alojaba su familia en un peque-

ño departamento, á los fondos del colegio. Varias veces, al pasar, los muchachos sorprendieron, bajo las galerías de ese departamento, una silueta de niña. La visión duraba un instante, y desaparecía, incapaz de resistir á las miradas audaces de los colegiales, que, sin consideraciones de ningún género, se detenían á observarla. La inocente curiosidad del principio sufrió diversas transformaciones: fué deseo, fué capricho, y, por último, fué amor; amor de adolescente, ese amor que no se vive sinó que se sueña, que se satisface con poca cosa, con nada casi, con una mirada por indiferente que sea, con ver sin ser visto, con sentir sin correspondencia; amor al que, como al pájaro, le basta el frugal sustento de una migaja.

A veces, la hija del Rector, desdeñando el traje recatado de la amazona, salía de pollera corta, á dar paseos á caballo, á lo largo

de las barrancas del río, lo que parecía constituir su distracción favorita. Eran tardes de calor, y solía buscar ráfagas de aire fresco, galopando á todos vientos y enardeciendo con su látigo de plata al bayo fogoso que montaba. Acompañábala su padre, al paso tardío de su caballo, mientras ella, como una mariposa, iba y venía, saltando por sobre los matorrales, donde la yerba crecía abundante y alta. ¡Cuántos castillos de ilusiones rosadas levantados sobre la base de aquel pie que los muchachos columbraban, pie pequeño y embellecido por el corte elegante de finísima bota! Se envidiaba al viento que, al pasar, sacudía los sueltos hilos negros de su cabellera, se envidiaba á la rama del arbusto, que la tocaba con sus hojas y con sus flores, se envidiaba hasta al caballo mismo que, ufano de su triunfo, parecía pasearla con orgullo.

Los estudios se echaron á perder con el descubrimiento de la hija del Rector. Un día, en clase de álgebra, llaman á un estudiante á la pizarra. Sale, llena de fórmulas el negro tablero, va á borrar lo escrito para continuar, tiende la mano al sitio en que se guardaba la esponja, — y la esponja había sido sustituida por un retazo de género. Lo mira, y ¡ oh, cielos ! era un pedazo del vestido que hasta pocos días antes vieron ciñendo el cuerpo de la hija del Rector. Las fórmulas se entorpecieron, el estudiante no atinó á desarrollarlas, con gran sorpresa del profesor que no estaba en el secreto de aquella confusión, y al salir de clase, el pedazo de trapo se partió en mil tiras, arrebatado de unas manos á otras, amorosa é ingénuo reliquia disputada á capa y espada por Don-Juanes de quince años.



Era la tarde de un Domingo. En ese día y en los de fiesta, el colegio quedaba desierto; los internos gustaban por algunas horas de las delicias del hogar y de las alegres calles de la ciudad. Era una tarde tranquila de fines de Octubre, y empezaba á sentirse los primeros calores. El sol marcaba, aproximadamente, las tres, cuando uno de los internos apareció, á inmediaciones del colegio, sobre las barrancas del río, y después de pasearse perezosamente durante algunos minutos, se sentó sobre los escombros de un rancho en ruinas y empezó á latigear con una vara de mimbre, y por vía de entretenimiento, las flores pálidas de los cicutaes que allí crecían.

Tenía á su vista un panorama encantador: el río, las islas cubiertas de lozana vegetación, y sobre las aguas ondulosas una balandra, que, desprendida momentos antes de uno de los astilleros de la costa, ensayaba sus condiciones veleras, como el pájaro, tendida el ala al viento, ensayara sus primeros vuelos. Pero, el colegial, acostumbrado á la presencia de aquel paisaje, no le prestaba la menor atención. Cuando levantaba los ojos, era solo para recorrer los horizontes con una mirada, cual si algo esperase, y volvía á latiguar la cicuta con impaciencia.

— ¡Hola! ¿Tú por acá? — dijo de pronto una voz á sus espaldas — ¿Qué haces?

El colegial volvió bruscamente la cabeza: era uno de sus compañeros.

— Paseando... contestó con indiferencia — ¿y tú?... ¿tienes cigarros?...

— Yo, — continuó el recién llegado, ofre-

ciendo un cigarro al colegial, y poniéndose ambos á fumar, — ando por aquí, buscando... ¿á que no lo adivinas?

— ¿Bichos-colorados?...

— Te lo confesaré: entre compañeros no debe guardarse secretos de este género...

Echó al aire, desde el fondo del pecho, una larga bocanada de humo y prosiguió:

— Ando enamorado de la hija del Rector...

El colegial latigueó con más fuerza las flores del cicutal; su compañero continuó:

— Los domingos, sale á pasear á caballo, á estas horas, más ó ménos, como tú sabes... Tengo deseos de verla, y he venido...

— Es un medio de perder el tiempo, tan bueno como cualquier otro.

— ¿De perder el tiempo?...

— Sí, porque no creo que otra cosa consigas; — dijo el colegial, de mal humor, — los caramelos no son para los burros!

El recién llegado tiró al suelo el pucho de su cigarro; el colegial hizo otro tanto con el suyo; se miraron, se dijeron bromas y cosas cada vez más pesadas; la tormenta creció; y por último, poniéndose en guardia de boxeadores, los dos amigos comenzaron á propinarse los más sólidos argumentos, para probarse mutuamente que ninguno de ellos tenía derecho á abrigar la ridícula pretensión de que la hija del Rector le tuviese en cuenta. Y estaban en lo más intrincado del debate, cuando se oyeron galopes de caballos á dos pasos de allí, y, ginetes en ellos, aparecieron el Rector y su hija.

— ¡Caballeritos! ¡Caballeritos! ¿Qué hacen Vds?... Basta!... Al colegio! A la sala de penitencias! — decía la voz severa del Rector.

Y los dos colegiales, rojos como las entrañas de una granada, á fuerza de golpes y

de vergüenza, se tranquilizaron, emprendiendo juntos el camino del castigo.



Escenas como aquella, se repetían con frecuencia, — y habrían seguido repitiéndose mientras hubiese habido colegiales y hubiera conservado su juventud y su gracia la hija del Rector. Pero, un día, el día menos esperado, la visión desapareció, y el departamento del fondo quedó como la jaula abandonada por el pájaro que cantara en ella: la hija del Rector se había casado! Se casó con un extraño; y el hombre que consiguió su mano, se presentaba á las imaginaciones de los muchachos entristecidos, como uno de esos gigantes, como uno de esos mons-

truos que robaban beldades en los cuentos de la infancia.

¡ Cuántos ensueños desvanecidos, cuántas peleas inútiles! Aquella era la primera lección de la vida, la primera gota de amargura volcada en el corazón, el ala quebrada en el primer vuelo!





LA NOVIA MUERTA



Como una rosa blanca y marchita, guardada en una caja de ébano, el cadáver de la novia yacía en el fondo del féretro. La mortaja de seda que lo envolvía, celosa de las miradas de los que se acercaban á contemplar á la muerta, dejaba apenas en descubierta el rostro juvenil de líneas puras y dulces, pálido y frío como el mármol, inmobilizado en el instante de la última sonrisa. Así estaba, más bella aún que en los días esplendorosos de la vida. Los colores y el

brillo de la juventud se habían retirado de sus mejillas y de sus ojos, pero quedaba en ellos algo como la huella de una llamarada, el sello del espíritu vivaz que había abandonado al cuerpo hermoso, como abandona el perfume á la flor.

Muchas gentes entraban á la sala mortuoria, se acercaban á la caja colocada sobre un manto de terciopelo negro salpicado de estrellas de oro, que parecía levantarse de la tierra como un pedazo de cielo nocturno; se detenían un instante, mirando al interior de los pequeños muros de ébano y de raso, que iban á cerrarse para siempre, y se alejaban con el corazón oprimido como por el peso de una piedra.

Nadie reparó en un hombre joven, de veinticinco años á lo sumo, rigurosamente enlutado, que, en uno de los ángulos oscuros de la sala, permanecía inmóvil y en

silencio, escondiendo el rostro entre las manos. Aquel hombre acompañaba á su prometida en la primera noche de la muerte y en la última del hogar. ¡Cuánta tristeza en sus ideas! ¡Cuántos recuerdos evocados para hacer más dolorosas sus angustias! En aquella misma sala había sido veinte veces feliz, amando, sintiéndose amado, prometiéndose una vida de inquebrantable felicidad. Ella solía sentarse en ese sillón que estaba á su lado, más vacío que un abismo; esos espejos cubiertos de crespón, habían reproducido cien veces su imagen, habían reflejado sus miradas y sus sonrisas como reflejarían un limpio rayo de sol; sus libros favoritos, sus poetas, ya no estaban allí, sobre la mesa, señalados en sus páginas más tiernas; el piano no se abriría una vez más para que el marfil de los dedos jugara sobre el marfil de las teclas... Todo había concluido!...

Así pensaba; y, fatigado el cerebro, rendido por las malas noches anteriores, extravíáronse sus ideas, y comenzó á soñar.



Era una playa desierta; arenales inmensos, limitados, á un lado, por el horizonte, al otro, por la cinta plateada del río. Ni el pie del hombre, ni la planta de bestia feroz, marcaban sus huellas en el suelo igual, barrido, emparejado por los vientos. La corriente de agua era estrecha: alcanzábase á distinguir claramente la orilla opuesta, de una vegetación exuberante, reflejando los follajes de sus sauces y de sus arbustos en el agua tranquila, sin rumores, tersa como un cristal, silenciosa como un lago. Apenas una distancia de cincuenta metros separaba las

dos riberas, comunicándose de la orilla fértil á la orilla árida la doble fragancia de la tierra húmeda y de la flores silvestres, y la música de las hojas, de los insectos y de los pájaros...

Soñaba el jóven, y creía vagar en aquella playa, á solas con su dolor, arrasados los ojos por el llanto, desencantado del mundo, perdida la fé, sin alientos la esperanza, animado del más profundo desprecio de sí mismo, del odio más sincero por la vida, niño unos momentos, loco en otros, espíritu sin razón, buque sin brújula. Más de una vez se había acercado al agua, en la intención de arrojarse á ella, y sofocar la existencia, y poner término á sus penas; pero no se había sentido con fuerzas para realizar sus propósitos... Y seguía vagando, sin saber de dónde venía ni á dónde iba, vagando á la orilla del río angosto y solitario...

De pronto, una aparición deslumbró sus ojos, mareó su cabeza, hizo tambalear su cuerpo. En un claro, abierto entre los árboles de la ribera opuesta, estaba su prometida, — viva, sonriente, como en el día en que estampó sobre sus labios el primer beso. Su belleza parecía aumentada por la poética hermosura del paisaje. La carne tenía algo de inmaterial, algo de transparente; pero era ella, era ella en cuerpo y alma; eran sus movimientos de gracia, su cabeza gallarda, sus ojos soñadores, su boca fresca como la guinda en el árbol!...



— ¡María! — gritó — María de mi alma ¿cómo estás ahí? ¿Qué haces?... ¡Ven! ¡Si supieras qué sueño horrible el que he tenido! Soñé

que estabas muerta y que lloraba como un desesperado... Todavía deben estar húmedos mis ojos... ¡Qué horrible sueño, alma mía!... ¡Ven! ven pronto; quiero besarte!...

—¿Cómo he de hacerlo?—repondió María, mostrándose sobresaltada. — Me he extraviado en el camino! Iba en busca de nuestro nido; tú me habías dicho que lo tenías preparado, que yo reinaría en él, y sería la más feliz de la mujeres... Quise verlo, y buscándolo, me perdí...

—¿No sabes volver?...

—Nó. En este suelo no hay sendero alguno: parece que la gente hubiera pasado por el aire. Ni mis propias pisadas dejan rastro; el pié se afirma, pero los tallos de las yerbas no se doblan... Tengo miedo; estoy muy sola... ¿Por qué no cruzas el río, y me acompañas, y me encaminas?...

El joven, oyendo aquella voz suplicante,

recorrió con una mirada las orillas de la playa en que pisaba, y descubrió á flor de agua, amarrada á una estaca de la costa, una pequeña embarcación.

La alegría causada por aquel hallazgo imprevisto hizo palpar el corazón en su garganta.

Era una *chalana*, atravesada por un par de remos. Corrió hácia ella, puso el pié en su borde, y al afirmarlo, notó que la embarcación se hundía, incapaz de soportar la carga más liviana: le faltaba el fondo!

—Ven, amor mío! auxiliame! —exclamaba, entretanto, María, infundiéndole ánimo con su voz. —La noche se acerca; pronto, dentro de media hora, no alcanzaremos á vernos; si no pasas, moriré de espanto, al hallarme sola, lejos de tí y de los míos, sin esperanza de salir de estos sitios. Ven, auxiliame!

Escuchaba de nuevo el joven la súplica y la queja, y otra vez volvía á poner el pié en la embarcación, y la embarcación se hundía como antes, y el agua subía hasta tocar sus bordes. A nado, con dos brazadas, Leandro hubiera cruzado el río; pero él, se habría sumergido con más facilidad que la *chalana*, hubiese ido á parar al fondo, cayendo como una piedra.

La noche avanzaba, María multiplicaba sus súplicas, la desesperación crecía. Era necesario á toda costa pasar al otro lado del río. El paisaje perdía ya sus colores y se borraba, como si un pincel pasase una capa de tinta negra sobre el azul del cielo y del agua, sobre el verde oscuro de los follajes.

Pronto, la más completa oscuridad envolvería las riberas...



Pero, antes que la noche hubiese cerrado, las dos riberas empezaron á alejarse: la playa desierta y arenosa permanecía allí inmóvil, clavada; la otra orilla se desprendía suavemente, y, meciéndose como un esquiife de flores, partía con lentitud, impulsada por las brisas del cielo. La silueta blanca de María se destacaba sobre el fondo oscuro de la vegetación, —llorosos los ojos, la cabellera suelta, agitando al aire un pañuelo...

—Adios, amor mío, adios!—decía con acento triste.—Adios! ya no te veré más! Guarda siempre en tu corazón un recuerdo para esta pobre viajera!... qué se vá!... qué se vá!...

Un sacudimiento nervioso estremeció el

cuerpo del joven, y le hizo despertar... No se había ido; estaba allí, en el fondo de la caja de ébano, alumbrada por la luz de los cirios. Miró el joven á su alrededor, y hallóse solo. Entonces, levantándose, acercóse, tambaleante como un ebrio, al túbulo alzado en el centro de la sala, y hundiendo la cabeza en el féretro, posó sus labios temblorosos sobre la frente marmórea de la novia muerta...





UN CASO . ORIGINAL



La nube oscura, revolviéndose y cambiando de formas, avanzaba y se extendía sobre el cielo. Ráfagas agitadas la precedían, sacudiendo las arboledas, levantando las hojarascas y el polvo de los caminos, empujando los pájaros, que luchaban y subían á lo alto, y descendían al suelo, tratando en vano de escapar á la tormenta. Pronto se cernió sobre la ciudad, y atravesó sus calles con rapidez, mezclando á los silbidos del

viento el estrépito de las puertas y de las ventanas cerradas con violencia. Era una nube de tierra, arrastrada por el pampero; era una montaña desmenuzada y traída como un juguete por el espacio inmenso y al través del desierto. Había, en un instante, oscurecido el día, interponiéndose entre el sol y el mundo, y sembraba la dispersión entre los hombres como entre los pájaros.

Carlos, sorprendido lejos de su casa, se refugió en el ángulo de una portada, resuelto á esperar á que el torbellino pasase. Cinco minutos trascurrieron, y aun estaba allí, arrinconado, tieso, como centinela en su garita, con el sombrero echado á los ojos y las manos hundidas en los bolsillos, soportando con resignación el molesto percan-ce callejero. Pensaba que nadie le sacaría de allí, como no fuera que algún soplo de viento más poderoso que los demás, lo arran-

case á pesar suyo, y jugase con él como con una pluma.

No era Carlos hombre de mudar de propósito como quien muda de camisa, — pero era hombre al fin; improvisamente, como si de un puntapié le hubiesen sacado de su refugio, echó á andar de nuevo, azotado por el viento, calado por el polvo que parecía entrarle hasta los huesos.

Una mujer acababa de pasar. Era joven é iba sola. Aquellas ráfagas que soplaban, como acosadas por apetitos bestiales, la perseguían, estampaban lúbricos besos en sus mejillas, manoseaban su seno agitado por el temor, ceñían su cintura como los brazos de un fauno, sacudían sus ropas y las levantaban, dejando ver un pie pequeño y bien calzado y una media punzó como la carne viva. El más desfachatado de los galanteadores nocturnos no se habría atrevido

á tanto. Así iba, como una paloma entre una bandada de aves de presa, con el corazón sobresaltado y el vuelo rápido,—que su paso era como un vuelo á flor de tierra.



Carlos se lanzó trás ella. La tormenta desapareció para él; lejos de serle molesto, alabó al viento sus travesuras y sus indiscreciones, que dejaban al desnudo contornos dignos de ser admirados sin escrúpulo. Habría deseado que el camino se prolongase indefinidamente, para seguirla y seguirla siempre, aunque cayesen rayos y centellas, y diesen juntos la vuelta al mundo en medio de una tempestad continúa. Para Carlos no podía presentarse ante humanos ojos

una vista más atrayente que el cuerpo de una mujer hermosa, ó medianamente hermosa: de las obras de Dios era la más acabada, y las del hombre estaban muy por debajo para resistir á un parangón.

Iban casi solos, y sin testigos importunos, porque la tierra cegaba á los pocos que habrían podido presenciar de paso la escena. Sólo los ojos de Carlos, exaltados por una curiosidad digna de una solterona de barrio, palpando con la mirada lo que hubiera deseado tener al alcance de la mano; sólo los ojos de Carlos, avarientos como los del vago que se detiene frente á la vidriera de una confitería, y con la nariz pegada á los cristales, saborea imaginariamente los fiambres y las golosinas que le están vedados por el capricho de la fortuna; sólo los ojos de Carlos se mantenían abiertos, invulnerables como dos ojos de vidrio.

No tardó el seguidor en irse á las vías de hecho. Era maestro en materia de aventuras, — aprendizaje que le había hecho abandonar las *Institutas*, como biscocho que no era para sus dientes ni para su paladar, hechos á otras blanduras y á otros sabores. Cantó al oído de la desconocida la letanía de las insinuaciones amorosas, se declaró pólvora pronta á estallar, volcán en ignición tremenda, torrente incontrarrestable; puso á los pies de la Eva silenciosa é indiferente, todo cuanto tenía y no tenía, su corazón y un porvenir de delicias interminables; repitió una y cien veces sus generosos ofrecimientos; — pero, la desconocida oía aquello como quien oye llover.

Doblaron una esquina y luego otra. Las esperanzas de Carlos empezaron á apagarse, sofocadas por el silencio de la perseguida. Habría preferido un *nó* redondo, una

palabra grosera, hasta un abanicazo, — algo que no fuese el desprecio, porque el desprecio lo mata todo, y la discusión y el enojo son, por el contrario, el comienzo de las concesiones.

Por fácil que sea una mujer, pensaba Carlos, no se entrega sin protestas, como el preso político, pero se entrega. La que calla del todo, esa es insensible á los ruegos, como los adoquines de las calles.



Cuando la desconocida sacó de la cartera que llevaba en las manos, una llave y la introdujo en el ojo de una cerradura, Carlos revivió. Aquella mujer vivía, pues, sola.

Era dueña de salir y entrar, cuando le diera la gana ; no tenía carcelero que la custodiase; podía hacer y deshacer de ella á su antojo, como Carlos mismo.

La audacia del perseguidor creció inmediatamente. Fué casi tanta como la de las ráfagas de viento que habían hecho presa de la perseguida. Voló de un salto á la puerta, y tras la mujer, entró por ella como por la de su propia casa. La desconocida no se inmutó, no dijo palabra, ni miró siquiera al atrevido que, sin su consentimiento, había traspuesto los umbrales de la puerta. Siguió obrando como si nadie la hablase, silenciosa siempre como una sonámbula. Abrió un dormitorio, entró, y Carlos tras ella. La hermosa mujer parecía dispuesta á tolerarlo todo, sin una protesta siquiera contra las insinuaciones de Carlos, que iban en aumento.

La desconocida comenzó á desprenderse de sus atavíos, con la despreocupación de la mujer que se siente sin más testigos que el espejo, en la soledad de su aposento. Dejó sobre el tocador su gorra crema y sus guantes de seda, y fué despojándose una por una de las piezas de su ajuar, poniendo en descubierto su belleza como, al rasgarse, dejan las nubes lucir la esplendidez del cielo. Jazmines y rosas prestaban sus colores á los hombros y á los brazos, y un perfume esquisito brotaba de ellos como de una flor sacada de una caja de cristal, despues de un largo encierro.

Carlos creía soñar. Tanto abandono era imposible. Allí había algún misterio, seguramente, y la sola idea de él le infundía un temor inexplicable. No por eso desistía de su empresa. Aunque le hubiesen mostrado un precipicio, habría seguido andando

y caído en él, porque estaba fascinado y le era imposible retroceder.

Temblando, — quizás de amor, quizás de miedo, — Carlos se acercó á la bella desconocida, y tomándole una de las manos, la besó con efusión. La mujer siguió imperturbable, desprendiéndose suavemente de los brazos que la amenazaban, — porque los brazos de Carlos, eran, por lo arrolladores, toda una amenaza. El galán cada vez más encendido en el fuego de la pasión, tomó entre las suyas las dos manos blancas como dos palomas, y puso sus labios sedientos sobre los labios de la silenciosa. Tampoco protestó.



Entretanto, los concurrentes á la sesión hipnótica que el profesor Bonna daba en el

salón del *Círculo Científico*, esperaban con interés el resultado de una prueba más, mientras el sabio hipnotizador disertaba sobre el asunto, trayendo en su apoyo mil citas de autores célebres y otros tantos casos, á cual más curioso.

El profesor Bonna empleaba su mujer en esa clase de experimentos. Media hora hacía que, después de haberla hecho caer en el sueño hipnótico, había pronunciado solemnemente estas palabras delante de ella, imponiéndole que las observase punto por punto.

— Toma esta llave, — le había dicho, — y vé á casa. Abrirás la puerta, entrarás á tu dormitorio, te cambiarás de ropa y volverás inmediatamente.

Y, luego, sonriéndose maliciosamente, el profesor había agregado :

— Pero cuidado con los que por la

calle se detengan á decirte piropos. ¡ Mira que soy celoso ! Sé sorda á cuanto te digan y ciega á cuantos te vean

Y la mujer, obedeciendo en el acto la orden del profesor Bonna, había salido á la calle, donde á poco andar la sorprendió la tormenta, y había sido sorda á cuanto le dijeran, observando punto por punto las palabras con que el hipnotizador formuló su orden.

Cuando volvió al salón del *Círculo Científico*, había mudado de ropa. El profesor Bonna, interrumpiendo su disertación, la miró entrar satisfecho, presentándola nuevamente á la concurrencia. Estaba más hermosa aún, lijeramente pálida, y los labios rosados como si por ellos hubiera pasado el calor de una llama.





EL BARRIO DE LAS COMPARSAS



El barrio del sud es el barrio de las comparsas. Hace lo menos quince días que se ha dado comienzo en él á los preparativos carnavalescos. ¡Qué entusiasmo debe ser el de esa juventud, para que madrugue de tal manera! A la hora en que el sol se pone y las bellas del barrio asoman á puertas y ventanas, vistiendo los vaporosos trajes de la estación presente, con un jazmín al pecho y una sonrisa en el la-

bio, para el festejante que pasa, — el monótono son de los tamboriles repercute sordamente en el aire tranquilo, contribuyendo en dar á las tardes veraniegas una melancolía capaz de entristecer las piedras ó hacer llorar al jamelgo de un aguador.

Por todas partes el mismo son. Aquí cerca, vibrante, atronador, como si hablara con sordos; allá lejos, apagado, quejumbroso, doliente, como el sonido lejano de la esquila, oído en el silencio del campo. ¡Cuántos recuerdos despiertan esos sones! El carnaval, olvidado por completo, como el juguete inservible que el niño echa á un altillo, se presenta, cubierto de polvo y de telarañas, pero sonriendo siempre, con la muerta sonrisa de la máscara. ¡Cómo! ¿Qué está cerca otra vez? Ya nadie se acordaba de él, ya nadie lo esperaba. No son estos los tiempos aquellos en que se vivía la

parte sería del año pensando en los tres días alegres, haciendo proyectos, guardando cáscaras de huevos para llenarlas de agua perfumada, coleccionando vejigas, organizando suscripciones populares para adornar calles, etc., etc. El Carnaval es una fiesta muerta, y ya no se le juega, como antes, sino que se le entierra.

Pero, la juventud no puede permitir que se le escape de las manos una preciosa oportunidad que ayuda á enredar la madeja de los amoríos, y toma para sí la tarea de hacer creer á la gentes que el muerto está vivo, que el Carnaval es todavía el Carnaval; y para lograr su objeto, hace ruido de tambores alrededor del cadáver, y lo pone de pie, y le hace mover los brazos, y la cabeza, y le obliga á sonreír, — pero, es inútil! en todos esos movimientos automáticos falta el soplo de la vida; se vé el hilo con que el

titiritero pone en acción al personaje. La parada es falsa ; lo que sonríe en la máscara es la amargura del fastidio.

Está muerto, completamente muerto. Sin embargo, puede aún hacerse fiestas con él, puede *pedirse el angelito* para bailar. Y eso es lo que se hace en el barrio de las comparsas. Escudos de latón pintado, con inscripciones é insignias, revelan al transeunte el local de las sociedades carnavalescas. No son dos, ni cuatro; son diez y veinte. Se tropieza con ellos á cada paso, al doblar una esquina, á la mitad de una cuadra, donde menos se les espera.

Entremos á uno de ellos.

Pobre es la sala, y más pobre aún el mueblaje. Paredes que fueron blancas, amarillean bajo una capa de menudo polvo. Aquí, el reboque caído deja asomar la punta de un ladrillo ; allí, sobre la puerta, una grieta,

tortuosa como el cauce de un río, baja del techo al dintel. Las arañas, esas hilanderas laboriosas que fabrican los más finos tejidos que se conocen, han colgado de los tirantes que sostienen el techo tenues cortinados, delicadas redes en que caen prisioneras las moscas inespertas. Cuatro bancos rodean la sala, en cuyo centro se levantan otros tantos atriles, sosteniendo, en desorden, multitud de cuadernos borroneados y hojas de papel sembradas de notas. Pero, hay algo más en aquel modesto templo de las musas: son los trofeos de los carnavales pasados; estandartes cargados de medallas, coronas de flores marchitas, bandas descoloridas, — colgados allí, sobre las sucias paredes, para atestiguar los triunfos obtenidos en las ardorosas batallas del amor y del pomito.

¡Cuántos otros sonidos duermen en esta sala, apagados por el redoble de los tambo-

res! El rasgueo de la guitarra, el chillido del violín, los trémulos golpes en el parche de la pandereta, no consiguen hacerse oír sinó por los que ensayan en esos instrumentos. ¡Qué fuera del barrio, si estuviese condenado á oír los disparos de todas las piezas de esa batería filarmónica, á que se llama modestamente *local de la sociedad*, para hacer que pierdan el miedo los vecinos y los transeúntes! La epidemia carnavalesca haría entonces verdaderos estragos, y obligaría al Director de la Asistencia Pública á aislarla en mitad del campo, con un cordón sanitario que permitiese entrar á los que quisieran; pero salir . . . á ninguno!

Y, sin embargo, las comparsas harán como siempre las delicias de *nuestras bellas*, — hablando en estilo de periódico del bello sexo, que echa mano de las bellas donde quiera que las encuentra. — Muy vistosas

serán esas comparsas, cuando salgan á la calle, saludando con estandartes y banderas, marchando á son de murga, vestidos de celeste y blanco ó de punzó y blanco, con la cara tan tiznada que no deje en descubierto otro blanco que el de los ojos. Gracias á esa capa de negro-humo, que cubre el rostro desde la frente hasta el cuello, puede cualquier muchacho de la comparsa disimular las amarguras de un mal tropezón, dado contra una piedra saliente del pavimento, á tiempo que vuelve la cabeza hácia un balcón de cien damas, ó que, echando el cuerpo para atrás y mirando la lanza del asta, se prepara á hacer caprichosos cortes en el aire con el trapo de la bandera: ¡Qué triunfos los de esas marchas, si nó fuese que las fatigas de la jornada no siempre son suficientemente compensadas por ellos! Pero, ninguna gloria como la del gefe, que se lleva la

fama convertida en bandas, medallas, coronas, ramos de flores, y las miradas de *nuestras bellas*, mientras los demás compañeros cargan con la lana, y sirven para hacerle soñar con el poder. Porque, es así: mientras algunos sueñan con los ojos de la imaginación puestos en la Presidencia de la República, hay gentes más modestas, que cifran sus aspiraciones en la presidencia de una comparsa.

Podrá, pues, ser *fiambre* el próximo Carnaval; pero no lo será, seguramente, porque el barrio del Sud le escasée el contingente de sus comparsas. De allí saldrán á montones, como esos grupos de pájaros que hace levantar una piedra arrojada al campo. Recorrerán las calles del barrio, darán la vuelta del corso, y después de cuatro ó cinco horas de marchas y contramarchas, tendrán aún fuerzas suficientes para presentarse en al-

gún baile de suburbios y despavilar los ánimos soñolientos de las muchachas. Allí, bailarán con entusiasmo durante la noche entera, y serán los favorecidos. ¡Ay, del que no se presente en traje de comparsa! Porque á una máscara suelta se la mira con recelo y pasa por no ser *mozo decente*, cuando precisamente, tiene la decencia de no querer ser contado en el número de los bienaventurados porque son tontos.





EN LOS ROSALES



Nicolás había bajado al jardín, y vagaba por los sinuosos caminos, al azar, sin rumbo, arrastrado inconscientemente por el enjambre de pensamientos que revoloteaban en su imaginación, y le hacían inclinar la cabeza como al peso de una regia corona, y distraían sus ojos que miraban sin ver, y daban á su cuerpo la languidez, el abandono del cansancio. Así iba y venía, paso á paso, ora perdiéndose á la sombra de los grandes árboles

ó de los tupidos arbustos, ora apareciendo en un claro del camino, alumbrado al rayo de la luna que, clavada en el firmamento, semejaba una perla engarzada en el interior de un globo azul. Las flores que salpicaban la masa informe de hojas oscuras, como una bandada de pájaros de colores asentada en un jardín, alcanzaban á distinguirse claramente á la luz que bajaba del cielo, y sus perfumes impregnaban la atmósfera tranquila, el ambiente sosegado de la noche. Las estrellas, luciérnagas del cielo, y las luciérnagas, estrellas de la tierra, chispeaban arriba y abajo, como un puñado de polvo brillante arrojado á los aires.

Todo estaba en silencio. Apenas el grillo se atrevía á cantar entre el césped humedecido por el rocío; y el agua de una fuente, cayendo sobre el ancho plato de mármol sostenido por un grupo de delfines, resonaba rumorosa y

monótona como una lluvia de invierno. A veces, alguna ráfaga perdida cruzada por entre los árboles del jardín, sacudía suavemente las ramas, y el ruido de las hojas pasaba de árbol en árbol, é iba á perderse á lo lejos, como una escala ejecutada en un arpa.



Pocos meses antes, Nicolás había abandonado los claustros de un colegio, con el placer de un pájaro al abandonar la jaula en que se hallara encerrado. Sentía el anhelo de la libertad, ansias de sacudir las alas, de volar por ese mundo que sólo de lejos había visto, al través de las novelas románticas llegadas hasta sus manos para sustituirlas á los pesados libros científicos, y amenizar las inter-

minables horas de labor y de estudio. La transformación había sido tan deslumbradora como instantánea; la soledad del claustro habíase trocado en la alegría del salón; la figura de los rígidos maestros desaparecía para dar lugar á la silueta graciosa de la mujer elegante; los rostros severos, que jamás abandonaban su seriedad adusta, eran reemplazados por un enjambre de cabecitas rubias y morenas, sonrientes como la dicha, frescas como los pimpollos de las primeras rosas. La vida se presentaba á Nicolás como algo superior á lo que de ella podría esperarse; la vida para él, no era la vida: era un cuento de hadas, tan bien soñado que se asemejaba en todo á la realidad de un paraíso. Su corazón experimentó la sacudida de los sentimientos que despertaban con la adolescencia, su cabeza sintió el mareo de los primeros ensueños, el vértigo de los abismos y

de los mundos que la imaginación abría y creaba delante de sus ojos. Aquellas manifestaciones inciertas anunciaban la proximidad de las pasiones; eran como una adoración fervorosa de la belleza, un impulso irresistible de su savia juvenil.



Rendido por el cansancio, Nicolás se dejó caer sobre un banco, al pie de un acacio gigantesco. Una hora y dos había pasado recorriendo el jardín, desde que bajó á él, abandonando el lecho porque le era imposible dormir. Frente al banco, crecía un grupo de rosales, cargado de botones y de flores recién abiertas; el grupo formaba un círculo, una barrera insalvable de espinas y de flores,

en cuyo centro se presentaba un pequeño vacío. Nicolás, tendido sobre el banco, miraba las rosas y fantaseaba dulcemente, cuando entre el grupo de los arbustos, dentro del claro que en su centro se abría, distinguió la forma de una mujer. Era la preferida de sus ensueños, la visión evocada durante las dos horas de sus largos paseos por el jardín, la realidad de la dicha que acudía á calmar sus ansias infinitas. Aquella mujer era realmente hermosa: las ropas ligeras que la envolvían, dejaban en descubierto su cuello de cisne, la curva voluptuosa de sus hombros, sus brazos de una corrección irreprochable. El resto del cuerpo se adivinaba bajo sus ropas como se adivina los contornos de una estatua bajo el lienzo que la cubre. Blanca como si hubiese sido formada por los rayos de la luna que la envolvían, tenía algo como la transparencia de un espíritu. Sus cabellos

castaños, lijeramente rubios, caían sobre sus espaldas y sobre su pecho, sueltos, en gracioso abandono, sombreando su frente y sus mejillas rosadas. El color de sus ojos era indefinible; era como el color de la luz, como el color del sol, — un deslumbramiento para quien los mira.

Nicolás saltó del banco, dando una sacudida violenta, y fué á arrodillarse, suplicante, frente á los rosales que levantaban entre él y la visión una muralla de ramas espinosas.



— ¡Amor mío! cuán tanta ansiedad te buscaba sin saber donde encontrarte! Sólo al fin, para que pueda mostrarte mi corazón, decirte cómo te amo con un amor inmenso, adorarte, de rodillas á tus pies, con toda el

alma, con todo el fuego de mi primera pasión, — exclamó Nicolás. — Acércate para que pueda besarte, levántame con una mirada, con una caricia! . . .

— ¡Imposible! ¡Vete! Esta murralla de rosas y de espinas nos separa como una reja de hierro. ¡Vete! si no quieres que desaparezca para siempre, si no quieres que jamás vuelva á mirarte. . . .

—No me voy, nó, — protestó Nicolás, cada vez más suplicante, — no me voy. Dime que muera, pero no me digas que me aleje. Yo abriré una brecha en esta muralla, aún cuando haya de regar con gotas de mi sangre la tierra que tú pisas; pasaré para llegar á tí, por entre las rosas y las espinas, y caeré á tus pies, ebrio de felicidad y de alegría. . . .

— ¡Imposible! ¡Vete!

— ¡Oh! desesperación? Déjame siquiera estrechar tus manos entre las mías, posar

mis labios sobre los tuyos, ser feliz un solo instante, aunque me espere luego una eternidad de tristezas . . .

Entre las flores del rosal apareció una más hermosa que todas, más fresca que los pimpollos, más fragante que aquellas que conservaban aún en su seno todo el perfume de que nacieron impregnadas. Era la cabeza de los cabellos castaños, ligeramente rubios, que caían sobre las espaldas y sobre el pecho, sueltos, en gracioso abandono, sombreando las mejillas rosadas; era la cabeza de los ojos indefinibles, porque su color era como el de la luz y como el del sol. Nicolás acercó sus labios á los de la visión; un goce inmenso llenó su alma é hizo palpitar violentamente su corazón dentro del pecho; sus párpados se alzaron . . . y despertó sobre el banco del jardín, bajo el acacio gigantesco, frente al grupo de los rosales en flor.



LA HIJA DE SARAH



El enciende-luces paseaba á lo largo de la cañería erizada de picos, la llamaba pálida y violacea de una esponja empapada en aguardiente; y las sombras se desgarraban en el recinto del circo, como el cielo de una noche, clareado por la aurora. A medida que la luz se hacía, descubríase en las gradas la silueta de algunos espectadores, instalados con anticipación en sus asientos. La concurrencia, en crecido número, invadía la *platea*,

tomaba como por asalto los *palcos*, y convertía el *paraíso* en un infierno ; y por uno de los costados del picadero, hacían perezosamente su entrada los músicos de la banda, veteranos y reclutas del arte, cargados con sus instrumentos, y subían á la tribuna, sobre la portada. La multitud, impaciente porque se diera comienzo al espectáculo, lanzaba gritos atronadores, y hacía temblar la gradería con los golpes de sus pies — demostraciones que esperaban, para convertirse en aplausos, oír la ejecución de la marcha de apertura.

Abrióse el cortinado que cubría la portada, y los luchadores, funámbulos, contorsionistas, saltarines, etc., de la compañía, hicieron su aparición, tiesos como diplomáticos, y embalzados en sus *frac*s de franjas doradas. Los *zanahorias*, doblaron las puntas de la alfombra tendida sobre el picadero ; y el

domador presentó al público, en la desnudez de sus formas, un brioso caballo moro, puro fuego y puro nervios, que se estremecía y saltaba al chasquido del látigo, agitando su bella cabeza y las crines abundantes de su cuello y de su cola. Tras él se presentó Sarah, la *Reina del aire*, corriendo á pasos cortos, como el pájaro que prepara el vuelo. Llegó al centro del picadero ; hizo á la concurrencia un gracioso saludo, con la generosa añadidura de dos besos que se perdieron en el aire, y volviéndose hacia el moro, saltó sobre él y le lanzó á la carrera.



El jubón de raso blanco, recamado de estrellas doradas, la pollera corta y horizontal de tules flotantes, y la media de punto

color rosa que Sarah vestía, acariciaban el pelo del gallardo animal, — más ágil, más brioso, más arrogante, desde que sentía sobre sus lomos el peso de la *écuyère*. Sarah, asida por las manos á la correa que cinchaba al moro, se dejaba llevar en la vertiginosa carrera, jugando en el aire como una mariposa arrastrada por el viento, apeándose y volviendo á montar, dejándose caer de espaldas sobre el lomo del caballo, y enroscándose á él con la facilidad de la culebra en sus movimientos voluptuosos. Los ojos ávidos de los espectadores no la perdían de vista un solo instante ; la seguían en todas sus posturas ; la veían acercarse, pasar como una exhalación, alejarse de nuevo, describir un círculo y de nuevo volver : saltar con su moro las barreras que se oponían á su paso ; alentar al animal, palmeando su cuello robusto ; correr, volar, en una

carrera sin término, en un vuelo de golondrina. Cuando saltó al picadero y levantó su cabeza morena, sacudiendo sus rizos en desorden, y dirigiendo una mirada al públich que la aplaudía con entusiasmo, Sarah estaba radiante: la fatiga movía su seno, sus ojos chispeaban como las facetas de un diamante, y una llama transparente,—quizá un fuego fatuo que subía desde su corazón,—coloreaba sus mejillas, y parecía vagar sobre sus labios.



.

— ¡ El payaso ! ¡ El payaso ! — vociferó la turba de la gradería, pataleando como el potro encerrado en un establo; y el bufón pintarrajeado entró al *picadero*, dando gri-

tos y haciendo cabriolas, con la agilidad de un mono. Los *fracs* rodaron por el suelo, y se revolcaron en el aserrín, al empuje del payaso, á quien, para hacer reir al público, le era necesario gastar esas irreverencias, esas bromas pesadas, recibidas con sonrisas por aquellos á quienes iban dirigidas, y aceptadas como gracias de buena ley por los espectadores que las aplaudían.

Entre tanto, Sarah, sentada en su camarín, acariciaba la cabecita rubia de una niña de ocho á nueve años. Aquella niña era su hija única ; el refugio de su corazón de mujer, lastimado al áspero contacto del mundo.

Diez y ocho años tenía Sarah, cuando dió á luz aquel precioso fruto de su primer amor. Sus sueños de madre rodearon de riquezas la cuna de mimbres en que meció á Margarita.

Bien comprendía ella lo humillante de su vida. Criada por gentes que no eran sus padres, educada para los ejercicios del circo, agregada á una compañía de acróbatas, se entregó al primero que tocó su corazón. Su inocencia no pudo conservarse por más tiempo ; fué como una flor recién desprendida del tronco, arrojada á un pantano. Pero cuando pensaba en su hija, no encontraba Sarah un trono bastante elevado para que fuese digno de sostenerla. ¡Qué porvenir veía al través del cristal rosado de sus ilusiones ! Pondría á Margarita en un colegio, la educaría como una señorita, uniría en ella la instrucción á la belleza, la gracia á la inocencia, formarfa una mujer única, el tipo de mujer forjada en los ideales de un soñador.

El tiempo y los acontecimientos traidos por él, fueron matando poco á poco, los

cariñosos sueños maternos de Sarah. Cada día que pasaba, arrancaba un pétalo á la rosa de mil hojas creada por su fantasía ; y de ella solo quedaba el tallo desnudo, sosteniendo los pálidos restos de la flor marchita.



La educación que recibió la hija fué muy distinta de lo que la madre soñara. El clown de la compañía, á quien Sarah había ofrecido cándidamente las primicias de sus amores, dispuso de la niña, y la llevó por otras sendas. Las aspiraciones del padre se limitaban á hacer de Margarita un objeto de lucro, y Sarah no se atrevió á oponer su resistencia á ese pensamiento brutal. El alma del clown era como un nido de víboras :

no hubo vicio que no se revolcase en ella. Se embriagaba con frecuencia, y hacía de su mujer y de su hija las víctimas de sus excitaciones alcohólicas, sin que las lágrimas ablandasen la pasta miserable y dura de que su corazón estaba hecho.

Sarah estaba completamente dominada: habría entrado con menos temor á una jaula de leones, que levantado la voz para contradecir al clown.

Margarita, sometida desde su más tierna edad á las pruebas más crueles, á los ejercicios más peligrosos, sin que su llanto y sus ruegos consiguiesen otra cosa que irritar al clown, había llegado á los ocho años y era el prodigio del circo. Sabía volar por los trapecios como un pajarito vuela en la primavera por las ramas florecientes de los árboles; montaba á caballo como Sarah, hacía admirables juegos de equilibrio, y

saltaba con destreza, como si por medios diabólicos hubiesen conseguido convertir en goma elástica los tiernos tejidos de sus carnes.



Aquella noche, el programa de la función anunciaba los *juegos japoneses* de Margarita.

Entró, con su precioso rostro desfigurado por el color bronce, y su frente surcada por dos cejas casi verticales. Su cabellera rubia desaparecía bajo una peluca de peinado japonés ; y calzaba zapatitos recamados de oro. Se acercó á la mesa en que tenía todo preparado para sus *juegos*, y dió comienzo á ellos, tirando y recojiendo en el aire tres bolas doradas, é hizo en seguida lo mismo

con otras tres más grandes, y con tres botellas, y con tres platos, y con tres hachones encendidos.

El público aplaudía con delirio, daba *vivas* y *bravos*, pataleaba, arrojaba objetos de valor al centro del picadero, manifestaba su aprobación por todos los medios posibles; pero, cuando Margarita levantó tres puñales de la mesa de los *juegos*, y se dispuso á hacer con ellos lo que había hecho con los demás objetos, se hizo instantáneamente el más profundo silencio. Margarita jugaba con los tres puñales, recibéndolos siempre por el cabo con una destreza sobrenatural. Al resplandor de las luces del gas, las hojas de acero de los tres puñales, lanzaban reflejos siniestros, subiendo y bajando, como si revoloteasen alrededor de la cabeza de la niña.

El público no pudo contenerse más ; los

aplausos y las aclamaciones estallaron de nuevo....

— « ¡ Basta ! ¡ Basta ! »—gritaron algunas voces; pero Margarita, excitada por el aplauso, aturdida por el ruido, desafió con más audacia el peligro, y lanzó cada vez más alto los puñales con que jugaba.

— « ¡ Basta ! ¡ Basta ! »—se oyó nuevamente....

Y la hija de Sarah terminó su ejercicio, recibiendo el último puñal, — el último, sí, porque cayó sobre su pecho, y se hundió en él, como en el pecho tierno de una palomita.





PRECOCIDAD



¡Cuánto se diferencia nuestra juventud de la de nuestros abuelos, si debemos dar fé á sus palabras! Ellos eran unos santos cuando muchachos. Llegaban á los diez y ocho años, á los veinte, llegaban á la edad en que la ley los declaraba *mayores*, y eran todavía tan inocentes, tan puros como un niño de pechos. Apenas si se atrevían á dejar escapar el más moderado piropo, poniéndose rojos como las guindas, cuando llegaban á hacerlo.

Yo tengo para mí que es exagerado lo que ellos nos cuentan ; son parte y debemos poner en duda su testimonio, por más que no admita prueba en contrario. Ese mentir es el famoso mentir de las estrellas. Exagerado, decía, pero no por eso del todo falso ; pues, aun se nota, de año en año, el creciente desarrollo de la juventud, antes de tiempo, amenazando convertir mañana en hombres de pró á niños que no hayan soltado aún la mamadera. En este siglo se vive de prisa.

¿Qué muchacho de doce años no tiene amores que le calienten los cascos ? ¿Cuál es el infeliz mortal que, al poner el pié en el primer peldaño de la grande escalera de la vida, no tiene una aventura que referir, ó un poco de imaginación para inventarla ? La rubia Venus sonrío á todos, y reparte con prodigalidad sus favores.

Los niños se ván, se ván como se fueron

los dioses. Ya no hay término medio entre el recién nacido y el hombre. La adolescencia, la infancia misma, ha desaparecido; los niños se atropellan, se empujan, se codean, luchan á brazo partido, por entrar los primeros al mundo, como si cada uno llevase en los labios el verso de Musset :

Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux.

y se apresurase á recobrar el tiempo perdido en la tardanza, y gozar del mundo antes que se envejezca del todo.



Hace pocos días, — el recuerdo está fresco aún, — un hombre de catorce años atentaba

contra su vida, disparándose un tiro en la sien derecha. — Habrá sido casualidad, se pensó al principio. — Nó señor ¿qué casualidad había de ser? Hubo *premeditación y alevosía* contra sí mismo. — Pero será una locura del muchacho! — exclamaban los que no se conforman con que pueda estar cansado de la vida quien no ha tenido ocasión de conocerla. — Nó señor, ¿qué locura ha de ser? Nuestro hombre estaba enamoradoísimo, perdidamente enamorado, y ella... ella era una ingrata, la personificación misma de la perfidia... Y tenía nueve años!

Con que, ya ven ustedes si está perdido el mundo!

Sí, debemos creer á nuestros abuelos. Sin ir muy lejos, retrocediendo á los tiempos en que teníamos doce años, encontramos ya profunda diferencia entre lo que éramos y lo que hoy son los que doce años tienen. — ¿Será que se

apodera de nosotros también la manía de los viejos? — Nó, nada de eso.

En nuestros tiempos, eran otras las aventuras que nos encantaban. Un combate personal á campo raso, más encarnizado que el de los tres Horacios, un día de parranda á lo largo de las playas, hacían nuestras delicias. Para cualquiera de nosotros, las caprichosas extravagancias de la moda, si las hubiéramos conocido, los paseos á cuerpo gentil por la calle de Florida, los bailes de niños habrían sido solemnes *pavadas*. Hoy, si á un jóven imberbe, — no queremos hacerle la ofensa de llamarle niño, — se le pregunta: ¿Qué significa en Vd. ese saquito corto que le deja el rabo en descubierto, ese pantalón de bombilla que pone de relieve el prematuro desarrollo de sus pies y la flaca musculatura de sus piernas, esos cuellos que le ciñen como un collar de metal y le obligan á mi-

rar constantemente el horizonte, ese sombrero que amenaza derrumbarse de su cabeza? Si le preguntásemos: — ¿Por qué deja usted los saludables juegos de su edad por ese trote incasable con que recorre las calles, andando por andar, consumiendo las pocas fuerzas de su cuerpo, que seguramente no ha nacido para locomotora? Si eso preguntásemos, el aludido *joven* respondería enfáticamente: — Esto es *pchut*. — Y Vd., por consiguiente, será *Pchuteux*. — Sí, señor!

¡Bonita profesión! Á ese paso, prometen, las generaciones nuevas... fundir á las pasadas y enriquecer á los sastres. *Gomosos* de profesión! en vuestras manos caerán un día los infortunados destinos de la patria. Así lo creéis al menos, cuando os decís cansados ya de la vida amorosa. Dios os conserve esa ilusión; pero, estais muy estirados para trepar una escalera y hacer equilibrios en la maroma.



¡ Qué progresos, señores ! ¡ Si parece mentira !

Cuéntase que, noches pasadas, un mozalvete de quince años, con el bastón debajo del brazo, y el sombrero sobre las cejas, armaba un cigarrillo á la entrada del Politeama. Era noche de baile y las máscaras entraban en tropel, como acorraladas allí por el demonio de la tentación. Labios sonrientes y barbitas redondas pasaban por aquella portada, como constelaciones de estrellas que toman por asalto un cielo. ¡ Cosa particular ! — casi podría decirse que no había mujer fea. Es que cada una de ellas ponía buen cuidado en dejar á la vista las bellezas y esconder escrupulosamente los defectos.

La que muestra unos dientes como unas perlas y oculta el resto de la cara debajo del antifaz, tiene, á buen seguro, una nariz detestable; y la que ostenta el gracioso perfil de una nariz correcta, se vé forzada á sonreír sin desplegar los labios... ¡Le faltan los dientes! Por otra parte, todos los ojos parecen negros, grandes, rasgados, y todo lo que se quiera, cuando se les ve por entre las aberturas de una careta. Son las fascinaciones del misterio.

Escitado como la rana de Volta, el hombre de quince años veía desfilár delante de sus ojos la brillante procesión de los astros. Sentía, de tiempo en tiempo, tan fuertes sacudimientos nerviosos, que más de una vez estuvo á punto de colgarse de la barandilla de la boletería y dar coces al aire, para que la electricidad se escapase por las puntas. Pero, fué suficientemente *pchutt*: supo contenerse.

Con gran satisfacción suya, vió nuestro heroe que una de las máscaras que en ese momento pasaban junto á él, aceptaba su invitación para que fuese su compañera de esa noche. Le ofreció el brazo y entró con ella al salón. Aquella ola humana, que iba y venía, obedeciendo á las ondulaciones de la música, concluyó de marearlo. La ranita de Volta se veía forzada á sacudirse para descargar la electricidad, y bailó. A la primera tentativa de exceso, recibió un pellisco que le hizo ver las estrellas. Pensó en indignarse, pero una fuerza más poderosa que su voluntad le retenía en aquellos brazos: se habría dejado cortar la cabeza sin protestar. — *¡ Si volvés á manosearme te voy á sacudir un moquete !* le había dicho la mascarita, á tiempo que le daba la primera lección de templanza. Y él, se resignó, esperando el desarrollo natural de los acontecimientos.



A instancias de la máscara, la pareja salió á la calle. — ¿A dónde vamos? preguntó el heroe. — A casa, contestó secamente la máscara. (El heroe empieza á temblar). — Quisiera que me acompañases á la *Rottisserie*; allí cenaríamos. — Cenaremos en casa. El heroe sigue temblando cada vez más; se siente presa de un presentimiento terrible; el corazón le advierte que se pierde, pero teme que el corazón quiera engañarle. Sigue por donde lo lleva su compañera. De pronto siente que una ráfaga de inspiración pasa por su frente, y trata de imponer á su compañera que se saque el antifaz, si quiere que él la

siga. — ¡En casa! vuelve á repetirla máscara, con una sequedad de cobrador de impuestos. Y cinco minutos después, el heroe se encuentra en el zaguán de su propia casa, empujado por un brazo vigoroso. La careta cae y el heroe, estremecido de espanto al sentirse bajo la zarpa de la fiera, dice compungido y lloroso:

— ¡Perdóneme tía, ya no lo voy á hacer más!





UN DESEO



Copudas acacias, álamos gigantescos, rodeaban los cuatro ladrillos rojos que formaban los muros de la casa, bajo un techo de paja descolorida. Un hermoso parral servía de corredor al frente de las piezas, tejiendo, en un zarzo de cañas tácuaras, sus grandes hojas verdes y sus pesados racimos. Bajo una enramada, la vaca mansa, de ubres repletas, rumiaba tranquilamente; y en un pequeño corral se revolvían los puercos de una cría.

Olor de estiércol, de tierra mojada, de hojas frescas, de flores silvestres. flotaba en el ambiente sereno, por las mañanas alegres y por las tardes tristes de los campos.

Allí vivía Luisa. Era la casa de sus padres, perdida, olvidada, en las afueras de un pueblo de campaña. En aquella soledad nació y se desarrolló hasta llegar á los veinte años que contaba. Era tan del campo como el pájaro y como el árbol; y, á pesar de los rigores de aquella vida casi desamparada, á pesar del aire libre y del sol ardiente, conservaba en su rostro blanco la frescura de una flor, y en sus ojos un azul más claro que el del cielo, el blanco marmóreo y el azul trasparente de las mujeres italianas.

Como el que posee un terreno y un tesoro escondido en él y lo ignora, así ignoraba Luisa el inestimable valor de su belleza, y ni que la tuviera sabía. Vestía sencillamente,

casi como viste la estatua en el taller de un escultor: un lienzo que cae sobre el cuerpo sin esconder la forma. Sus cabellos rubios, aparecían á veces desgreñados como las barbas del choclo; pero, aún en su mayor abandono, conservaba su cabeza el esplendor de sus perfiles y de su gracia, perfiles purísimos, gracia natural y espontánea, más atractivos cuanto más ingenuos.

Podía ser Luisa la heroína de todo un poema, agitar su fantasía en poéticos ensueños y su corazón en pasiones idílicas; pero, nada de eso. La influencia del sexo no se había manifestado para eso en ella. Luisa no vivía, vegetaba. Su belleza abríase al sol como se abre una rosa; el mismo sol la marchitaría quizá, después de besarla cien veces; y ajada y sin color, volvería al polvo, obedeciendo la sentencia bíblica, sin haber amado una vez siquiera.

Pero, si Luisa no pensaba en el amor, su padre pensaba en el matrimonio. Era necesario darle un marido que cargara con ella, antes de que la juventud pasara y se alejase. No le fué difícil encontrarlo : un quintero vecino celebró con él el pacto secreto, y, con su ayuda, comenzó á enamorar á Luisa. Pronto vió el quintero que más fácil era abrir el surco en la tierra y depositar en él la semilla que despertar el amor en un corazón de mujer; mas, la gota de agua horadó la piedra, y Luisa consintió en casarse.

Se dispuso la boda. Pedro, el novio, entregó á su futuro suegro una parte del fruto de sus economías: era para cubrir los primeros gastos, adquirir el modesto ajuar de Luisa. El resto de su capital disponible, lo empleó en preparar la casa en que debía recibir á su mujer; hizo construir una pieza

más, compró muebles para el dormitorio, y cubrió con una capa de cal las paredes oscuras del interior de las piezas. En medio de su sencillez, el acontecimiento revestiría cierta solemnidad. Habría música de acordeón, y baile bajo el parral, después de la comida succulenta, en que el vino, en señal de alegría, correría sobre los manteles.

Pedro era hombre feliz,—porque, su casamiento, resuelto al principio, previa consulta de sus conveniencias, obra del cálculo más que del corazón, constituía por último la aspiración suprema de su vida. Horas enteras del día y de la noche lo pasaba pensando en Luisa, con toda la pasión de un adolescente, mareado por una especie de embriaguez deliciosa, de que gozaba sin comprenderla, como si amase por instinto. Su vida oscura, consagrada al trabajo sin tregua, se iluminaba como si un nuevo sol

alumbrase sus días. La sola presencia de Luisa le producía sensaciones estrañas, lo estremecía de pies á cabeza, haciéndole experimentar un placer tan vivo que solía acercarse al dolor. No se atrevía á pensar en las horas más felices aún, que vendrían pronto, muy pronto, antes de que el invierno hubiese despojado los árboles de sus primorosos atavíos; no se atrevía á pensar en las apacibles soledades de su luna de miel, astro que brilla para todos. Lo presente era, por otra parte, demasiado hermoso para necesitar del aliento de las esperanzas. El padre de Luisa, interesado en que la boda se celebrase, no ejercía contra Pedro el menor acto de hostilidad, dejándole saborear tranquilamente las dulzuras de su noviazgo.

Lo que Luisa sentía no era amor. Pudo comprenderlo bien, más tarde, cuando se enamoró de veras, y comparó un estado con

el otro. La muchacha despreocupada, sencilla, alegre, sometida, sin la menor idea de rebelión, á la voluntad de su padre, consultó al espejo su hermosura y entregó su imaginación á fantaseos interminables. Entró en pasar desvelada la mayor parte de la noche y en no oír cuando le hablaban,—estado que sus padres y Pedro con ellos, atribuían á la proximidad de su casamiento.

Era otro Pedro el que producía ese estado de desazón. Uno de los hijos del propietario de la quinta arrendada por los padres de Luisa, fué, la vió y la amó. Lo insinuó, lo dijo claramente y sin rodeos, y la muchacha infeliz, envuelta en las redes de un arte que no conocía, creyó y sintió! Sintió como no había sentido aún, cautivada por las maneras suaves del recién venido, por su verba fecunda en flores de relumbrón, por el aire patético de sus declaraciones. El arte pudo

más que la sinceridad ; el hijo del propietario hizo olvidar al rústico quintero.

Luisa se transformó, ó mejor dicho quizá, se presentó como era bajo la apariencia de muchacha sencilla.

Despertó su vanidad de mujer, halagada por deseos diabólicos, estimulada por promesas generosas,—aunque entre estas no se encontraba la de Pedro, la de casarse. Al principio, en los comienzos de sus nuevas relaciones, trató Luisa de arrancar palabra de casamiento á su pretendiente; pero éste fué franco: él nunca, por nada del mundo, perdería su libertad de soltero. Después, el inconveniente mayor dejó de serlo: Luisa lo quería así, como era, con sus ideas y con sus defectos, lo quería y eso le bastaba para seguir queriéndolo.

El hijo del propietario era un perdido. Sin profesión conocida, disfrutaba sin escrúpulos

de las rentas de su padre, satisfecho de la buena estrella que lo eximía del trabajo para dejarle hacer lo que le diera la gana, que, por lo general, era no hacer nada. Su vida licenciosa había minado su naturaleza, y á los veinticinco años tenía gastados todos los resortes de la salud. Le fué necesario pedir nuevas fuerzas á la naturaleza, salir al campo y pasar en él uno ó dos meses, para volver, después de la resurrección, á su vida desordenada. En esas circunstancias conoció á Luisa y pasó lo que queda dicho.

En una taberna del pueblo cercano, sentado sobre un banco y con los codos apoyados sobre el pino manchado de la mesa, perdido en la penumbra de un rincón al que apenas alcanzaba la escasa luz de una lámpara de kerosene, Pedro permanecía silencioso. Las palmas de sus manos, abiertas bajo la barba, sujetaba su cabeza abatida y pesada; tenía

por delante una botella, y un vaso, en el cual, de tiempo en tiempo, bebía. Los parroquianos de la taberna se habían retirado ya, y solo él estaba allí, como clavado sobre el banco y junto á la mesa. Horas trás horas había pasado en esa situación, escondiendo en su silencio toda la tormenta que agitaba su pecho. Porque Pedro supo su desgracia, supo que Luisa ya no le quería; que jamás le había querido, que no se casaría con él, que nunca sería suya. Un dolor inmenso, un aturdimiento tan grande como si el cielo se derrumbase y le cayese sobre la cabeza, hicieron de Pedro el más infeliz de los hombres. La buena fortuna se le había dado vuelta, como se dá vuelta un bote, dejándole caer en un mar de desgracias.

La lámpara de la taberna languidecía, y los objetos empezaban á confundirse con las sombras, dibujando apenas sobre ellas las

líneas de los contornos. La botella estaba vacía, y el parroquiano no se retiraba, ni pedía otra. El tabernero, después de media hora de espera, empezó sus preparativos para cerrar la taberna: contó los súcios y menudos papeles del cajón, pasando rápidamente el balance del día, echó el dinero al bolsillo, puso á la puerta los póstigos, colocó en orden las mesas y los bancos, haciendo el ruido necesario para advertir á Pedro que era hora de que se retirase.

—¡Otra botella!—pidió Pedro, sin levantar los ojos.

El tabernero corrió á buscarla, la destapó y la puso de pie junto al vaso.

—Lo que es hoy, — dijo, — no llega Vd. á su casa muy derecho, —y sonrió como para que la broma no pareciese demasiado pesada.

—¡Y qué más! — exclamó Pedro, — eso es

lo que yo quisiera : agarrar una tranca grande, muy grande, y lanzar todo el veneno, toda la rabia que tengo adentro !





EL PERIODISMO DE LA CAMPAÑA



Cuando llegué á Z. modesto pueblo de nuestra campaña, la gente andaba preocupadísima con la próxima fundación de un periódico. No lo tenía hasta entonces. Eran las idas y venidas á la capital, en busca de la máquina, de los burros, de los tipos : era el cuerpo de la futura redacción, constituido en sesión permanente, en la casa, en la calle, en el café, pensando y hablando en todas partes y en todo tiempo acerca del mismo propósito.

Yo, como veterano de la prensa de Buenos Aires, fuí consultado sobre algunos puntos, referentes á la disposición de las secciones, la extensión que podía darse á los artículos, etc. Pero, á cada paso, mientras hablaban los otros ó hablaba yo, que todos lo hacíamos á la vez, sonaba en mis oídos este estribillo, repetido enfáticamente: «El periodismo de la campaña es muy distinto del periodismo de la capital».

La sentencia me llamó la atención, y busqué á mi alrededor al que la pronunciaba: era un antiguo vecino del pueblo, hombre emprendedor y de grande actividad, que cargaba sobre sus espaldas la gloria de haber fundado media docena de periódicos en la provincia, y haber fulminado rayos contra las autoridades de campaña desde su trono de letras de molde.

¿Por qué habla de ser, pensaba yo, el

periodismo de la campaña muy distinto del periodismo de la capital? ¿No es acaso una misma la misión de la prensa en todas partes? ¿Ilustrar el juicio público en las cuestiones que más le interesan; llevar á su conocimiento los hechos que todo el mundo debe conocer, el estado de las industrias, el movimiento del comercio, los mandatos de la autoridad, las deliberaciones de los consejos municipales, las fluctuaciones del oro y de la política, y por último, los crímenes, en que tantos lectores encuentran su alimento, como esos enfermos que van á beber sangre á los mataderos?

Me atreví á preguntarlo. Yo conocía los diarios de la campaña en su forma esterna é interna, por haberlos recibido y revisado durante varios años, sobre las mesas de redacción de las imprentas, y recortado á tijera, con la habilidad que para manejarla tienen

sólo los sastres y los periodistas ; conocía los diarios de la campaña, pero, como no fuera por la pobreza intelectual que hacía de sus columnas un asilo de mendigos, como no fuera por la ventaja que en desatinar nos llevaban, no encontraba en el periodismo de la campaña nada que fuese muy distinto el periodismo de la capital.

Nadie me lo explicó por más que lo pregunté : después de la discusión íbamos á parar siempre en esto : el periodismo de la campaña y el periodismo de la capital son dos cosas que se parecen como un huevo á una castaña.



Llegó el día en que *La Espada de la Ley* debía hacer su aparición. Había sido anun-

ciado de viva voz, y la noticia, pasando « de mano en mano » como cuando se vuela un ladrillo, era de todos conocida. Los pilluelos, agolpados á la puerta de la imprenta, esperaban *La Espada de la Ley* para echar á correr con ella á los cuatro vientos, y repartirla aquí y allá, celosos mensajeros de la luz de la civilización, — puesto que *La Espada de la Ley* era su antorcha. A las doce, la forma estaba ya en la máquina, aplanada y fija, y el peon de la imprenta se prendía al manubrio para dar vueltas á la rueda, y empezaba á trabajar, en reemplazo del motor mecánico, sudando la gota gorda por el bien de la idea que redime los pueblos. Con la salida de los primeros ejemplares se quemaron bombas y cohetes, que parecían reventar de puro gusto, á la mayor altura que alcanzaban, haciendo saber al pueblo que tenía pronto ya, y armado de todas armas, el pala-

dín que había de salir en defensa de sus derechos, *firme siempre en la brecha*, como lo anunciaba su programa, espuesto á ser alguna vez *vencido pero nunca humillado*, resuelto á *desenmascarar á los pillos y arrancar de su festín á los tragaldabas de los dineros públicos*. Debo declarar que estos propósitos animaban al fundador de *La Espada de la Ley*, hombre que no había mordido ni quería morder en las rentas del municipio, y cuya exaltada imaginación abultaba enormemente las trapizondas de los personajes de la aldea, armados, según él, de una dentadura de mastodonte, para meter la cabeza en el arca sagrada que guardaba la plata del pueblo y devorar hasta el último centavo, — vampiros que se bebían el sudor del obrero y le arrebatában el pan del hogar, etc., etc., etc.

En mi vida he hecho más que entonces por servir á un diario. Me pasé una noche entera

en vela, no ya sólo escribiendo para llenar tres páginas,—que los avisos son siempre pocos en diarios nuevos, — sinó también disponiendo en todos los pequeños detalles de elección de tipos, bigotes, rayas, títulos, en todo lo que correspondía hacer al regente, con el propósito de que, siquiera por el aspecto exterior, se pareciera un diario de la campaña á un diario de Buenos Aires, de que no fuese *La Espada de la Ley* á presentarse con esas vestimentas de mal gusto con que los regentes silvestres adornan sus diarios. Nó: había de presentarse como gente, aunque yo no durmiera en toda la noche. Y á la noche siguiente tampoco dormí, por el bien de *La Espada de la Ley*. El régente se había cebado, y cada cuarto de hora iba á golpear la ventana del cuarto en que yo dormía, para hacerme una pregunta como esta:— «¿Qué le parece mejor para separar los párrafos de la

variedad? ¿ un cuadratín ó una cornetita ?» — Un rayo que te parta ! — pensaba yo levantando la cabeza de la almohada, — póngale lo que quiera, pero déjeme dormir ! — Y á poco estaba otra vez mi trovador en la ventana, con la fastidiosa cancioncita : « Le he puesto cuadratines, porque las cornetitas no alcanzaban ».



Un día se me ocurrió escribir un cuento en verso, y escogí un asunto que había oído referir en mala prosa. Los personajes eran gallegos, y lo que hacían en el cuento una barbaridad, de esas tan grandes como la de aquel que, montado en una rama, se puso á serrucharla. ¡ Pues señor ! al día siguiente la

colonia española se reunía, deliberaba, encontraba ultrajante de su dignidad el inocente cuento, exigía á uno de sus compatriotas, colaborador de *La Espada de la Ley*, que presentase en el acto su dimisión, como un diputado intransigente habría pedido la dimisión de un gabinete, publicaba solicitadas tratando de hacer comprender al público que no era posible que un gallego fuese tan inocentón como el cuento lo pintaba, — en fin, se producían los acontecimientos más inesperados, una coalización contra el autor de los versos, que se vió obligado, contra sus inclinaciones pacíficas, á cambiar su modesta varita de mimbre por un bastón de verga, por si después de los relámpagos y de los truenos se descolgaba el aguacero. ¡Qué había de llover! Ni para regar las calles tenía agua la tormenta.

¡ Y que esto le pasara á quien cree que

no hay extranjeros en el país, á quien les da carta de ciudadanía en su corazón, desde el día en que pisan nuestro suelo !

¡ Qué podré yo escribir, pensé, sin que aparezca alguien dándose por aludido, declarándome guerra sorda y sin cuartel, sin salirme siquiera al encuentro en carne y hueso, para poderlo agarrar y convencerlo de que no es á él á quien me he referido !

Comprendíentónces queentre el periodismo de la campaña y el periodismo de la capital existe esta primera diferencia: que nada se escribe sin alusiones personales, y el que va y no las hace encuentra, sin saberlo, que ha aludido á alguien, ni más ni menos que si, después de hecho un sombrero, encontrase el sombrerero que lo había hecho de medida para la cabeza del vecino.



Entretanto, el fundador de *La Espada de la Ley* permanecía firme en la brecha, y cumple á la verdad decir que, por la sana intención que le movía, era el suyo de los diarios mejores de la Provincia, y el de los hombres más dignos y perseverantes. Yo estaba ya vencido. — ¡Renuncio á seguir! le decía. Bien sentía yo que no había nacido para esas reyertas al menudeo; no se presentaba acontecimiento bastante grande que me sacase de mi indiferencia. Pero él, él se levantaba indignado, se acostaba indignado y soñaba indignado. «*La Espada de la Ley* alzaré el telón que cubre tales y cuales inmundicias, y hará ver á la gente honrada quienes son los que

trafican con la felicidad de los pueblos, espantarán de las cajas públicas las sabandijas que merodean en ellas, pedirá á voz en cuello el escarmiento de la justicia, todo el peso de la ley, confundiendo á los culpables y abriéndoles de par en par las puertas de las cárceles, para que entren á ellas con la frente inclinada y los ojos puestos en el suelo, si es que algún resto de vergüenza les queda todavía.»
Pleno 93.

La indignación de *La Espada de la Ley* era contagiosa. El cajista componía y se indignaba; corregía el corrector de pruebas, y se indignaba; se indignaba el peon de la máquina; hasta el olor de la tinta parecía inocular indignación en el muchacho que, metiéndose los diarios debajo del brazo, salía á las calles á venderlos. El cielo se presentaba preñado de tempestades, el horizonte oscurecía — los pueblos marchaban á su perdición,

preparaban sus tiranos y sus verdugos, sentían sobre su cabeza el graznido de las aves de rapiña, y no esterminaban la raza funesta: gracias á *La Espada de la Ley*, caía la venda que tapaba los ojos de las víctimas y el pastel del diablo quedaba en descubierto.

Así como lo presento, *La Espada de la Ley* era el diario más moderado de la campaña. ¡ Había que ver en los otros ! Para estos, eran los jueces traficantes de la conciencia, que truecan su rol de soldados de la ley en el de camaradas de los delincuentes ; para aquellos, los consejos municipales eran bandas de pillos, robando á la luz del día las rentas puestas bajo su custodia. ¡ Y qué excitación la de los ánimos, al leer esas revelaciones tremendas ! La vida patriarcal de las aldeas se transformaba en vida de sobresaltos : en todas partes aparecía el fantasma del esterminio : la prensa lo señalaba con el dedo.



Aquí encuentro la segunda diferencia entre el periodismo de la campaña y el periodismo de la capital : mientras éste ilustra, encamina, procura el orden, aquel confunde, extravía, mata la paz ; mientras éste crea, aquel destruye. ¿ Por qué ? Porque no se tiene la concepción clara de lo que la prensa significa. Los hombres son buenos, las ideas son malas, — y las ideas buenas, los juicios reposados, no viven, ni podrán vivir, en la atmósfera de las aldeas, cargada por lo general de pasiones y siempre de chismes, donde el barómetro se clava marcando *tempestad*. La prensa, lejos de tranquilizar los ánimos los sacude,

lejos de matar la chismografía se hace su conductora; dice demasiado y se informa poco; ataca por sistema, porque cree que en el ataque está su misión; no es la expresión de la verdad, es el eco del rumor. ¡Cuántas veces he pensado, recorriendo las hojas impresas de la campaña, en el daño que pueden causar las máquinas de Marinoni y ese plomo del tipo, más terrible que el de las balas! La prensa, en las pequeñas agrupaciones, es como las armas de fuego en manos de los niños: un juguete peligroso, y nada más. Las intenciones serán otras, serán elevadas, patrióticas, santas si se quiere; pero los resultados son esos. Ni para los fines políticos sirve bien, porque muchas veces, por odio al periodista, se odia al partido de que se hace sostenedor; el candidato carga con el lote de las aversiones inspiradas por el partidario. ¡Cuánto mejor sería para los partidos, en vez de subven-

cionar diarios de campaña, enviar oradores que congregasen á los ciudadanos en reuniones públicas y les presentasen las cualidades del candidato, su historia política, sus intenciones, su programa, la conveniencia de prestarle apoyo y llevarlo al gobierno ! Un discurso costaría menos y haría más que un año de diatribas. El orador iría desprovisto de rencores, de enemistades, á hablar á todos y nó á los grupos ; su palabra alcanzaría más repercusión que un artículo poco leído.

Dos años hace que *La Espada de la Ley* dejó de aparecer. Era diario demasiado moderado, demasiado independiente, para que tuviera acogida. El público quería más sangre y más fuego ; no comprendía la existencia de un diario que no desollase vivo, y día por día, á alguno de los encumbrados. Por su parte, las cajas municipales no tenían un céntimo para una hoja que no quemaba incienso. Desapa-

reció en el silencio, después de haber hecho un ruido efímero. El principio y el fin se tocaron en su brevísima existencia. Y pensar que era lo mejor !....

Aún le guardo, y le guardaré siempre en mis memorias, un recuerdo cariñoso, como el que se conserva por la herramienta con que se ha trabajado. Al cabo la prensa es prensa, y si no la quisiera, — porque he vivido muchos años en ella, y el ruido de la máquina y el olor de la tinta se han hecho pan para mis hábitos, — pediría la supresión. del periodismo en la campaña, y con ella volverían los ríos á su cauce, los pueblos á la paz.





EL APUNTADOR



A las ocho de la noche, don César Valles desaparecía sumergiéndose en la oscuridad de una boca cuadrada abierta al fondo del escenario, descendía por una escalerita de pino crujiente, y atravesando tinieblas de sótano, iba á asomar la cabeza por el agujero desde donde desempeñaba con resignación sus tareas de apuntador. Bajo las tablas, y cubiertos de polvo y telarañas, hallábanse almacenados mil restos de decoraciones, bambalinas rotas, pedazos de troncos cansados de

soportar el peso de reyes de zarzuela; sillas cojas, mesas despatarradas, todo lo inservible, arrojado allí como las resacas de un río. Cualquiera que no hubiera sido don César, habría tropezado cien veces antes de cruzar aquel subterráneo, ó se hubiera visto enganchado de las ropas á los clavos que sacaban afuera sus puntas traidoras, en defensa de aquellos despojos; pero él era listo como una rata para deslizarse hasta su puesto. Años hacía que la empresa lo contaba en el número de sus empleados más puntuales, y conocía los rincones del teatro más que sus manos.

Llevaba cumplidos los treinta y dos años, y su historia era bien desgraciada. A los veinte, creyéndose dueño de una voz bien timbrada y de largos alcances, y soñando con la gloria, con el amor y con la fortuna, se dedicó al canto. Era tenor; era príncipe. A los dos

años de estudio, creyó encontrarse en aptitud para debutar, y á fuerza de empeños consiguió que un empresario le permitiese dar la *Marina*. Llegó la noche solemne; cantó, desafinó, lo silvaron; y, ciego de despecho, aplastado por la reprobación, juró no pisar más sobre la escena, y fué, obligado por el hambre, á arrastrar su vida por debajo de ella, á confundirse con lo inservible, con los tronos despedazados y las bambalinas rotas. El tambien llevaba despedazada el alma, rotas las esperanzas. . . .

Con un estreno como el suyo, pensar en una nueva representación era volver, y con más dificultades que antes, á la lucha por el empresario, que constituye, para el artista mediocre, la lucha por la vida; prefirió el sueldo mezquino y seguro, el pan de cada día, la cabeza sin vanos ensueños, el pecho tranquilo.



Así trascurrieron diez años.

El descalabro del estreno se había borrado de su memoria, y si alguna vez, al mirar hacia lo andado de la vida, tropezaban sus recuerdos con la noche fatal, apartábanse de ella al instante, como la mansa corriente del agua cambia de rumbo al encontrar una piedra en su camino.

Amores fáciles, cenas frugales con las menos apetecibles de las coristas, lecturas románticas en los días en que los bolsillos pesaban menos y las deudas más, constituían los únicos pasajeros goces de su existencia, cuando algunos tenía.

En esas circunstancias, una pasión vehemente y avasalladora sacudió su corazón antes adormecido, convertido casi en una bola de estopa, á fuerza de ver los placeres por su lado material y en sus satisfacciones fugitivas.

Era en los primeros días de una temporada. La empresa había contratado para ese invierno á una joven bailarina, notable por su hermosura y la gracia y la voluptuosidad de sus movimientos. Todas las noches de función, se hacía á la zarzuela puesta en escena, el agregado de un baile, con lo que los espectadores se fastidiaban menos y las entradas aumentaban los fondos en la caja de la boletería. Era un cuarto de hora que pasaba como un segundo, comparado á los siglos que parecían durar las trituraciones musicales de los coros y los calderones de la tiple. Durante ese tiempo, don César no abando-

naba su agujero; se acomodaba en su silla, echaba para atrás la cabeza y la escondía en la penumbra, para que no se adivinase en la expresión de su rostro las emociones porque pasaba, y clavaba los ojos en la bailarina.

La veía aparecer, en el fondo del escenario, entre los troncos de los árboles pintados, mecido, al andar, la pollera de tul color de rosa, que circundaba su cintura como una nube de flotantes deseos; la veía adelantarse, atrayente como la encarnación de todas las tentaciones; la veía moverse cadenciosamente al compás del valse que ejecutaba la orquesta; crecer en agilidad, en gracia, en voluptuosas languideces, en briosos vértigos; la sentía cerca de sí, jugando caprichosamente sobre las tablas, liviana como la hoja de rosa que el viento arremolina sobre el camino . . . y se conmovía de pies á cabeza; sentía en la epidermis, pasar como una ráfaga fría la impre-

sión de las sacudidas de sus nervios ; se enamoraba como un adolescente y fantaseaba como un loco.



Don César no se sentía con fuerzas suficientes para sofocar esas rebeliones de la naturaleza, de suyo indomables. Tentando fortuna, llamó un día á la puerta del cuarto que, en uno de los hoteles de la ciudad, ocupaba la bella bailarina. La puerta se abrió, un rostro de mujer asomó por ella, don César saludó ceremoniosamente, y entró. Llevaba encima las mejores prendas de su baul, disfrasando su miseria con dudosas apariencias de bienestar material. Apenas si pudo balbucear algunas palabras de cortesía, y cayó sobre los blandos elásticos de un sofá, sin

fuerzas, desgonzado, como si le hubieran cortado, á un solo golpe, los tendones de las piernas y de los brazos.

La bailarina pidió, con una mirada, la explicación de aquella visita. No necesitaba de mucha perspicacia, ni de mucho esfuerzo, para conocer dónde estaba la herida de esa pobre víctima, que iba á caer allí, casi á sus pies, como un pájaro atravesado en su vuelo por la bala del cazador.

Don César, con los rodeos de la carrera de un avestruz, pidió disculpa por su atrevimiento, hizo la historia del nacimiento y desarrollo de su pasión, y terminó ofreciendo á la mujer que tenía ante sus ojos, todo lo que ya le pertenecía : su corazón, sus pensamientos, su vida...

— Puedo saber, ¿quién es el que tan generosamente me ofrece todo eso? — preguntó la bailarina.

— Soy... soy... ¡el apuntador del teatro!— contestó don César.

Una sonrisa indulgente y fría mató sus esperanzas. Decirse apuntador de teatro y ofrecer amores, era brindar el pan y la cebolla, era ofrecer la oscuridad y pobreza á una mujer hermosa, sedienta en sed de luz y de oro.

Salió de allí, anonadado, vencido al peso de su propia desventura, tambaleante como un ebrio, inconsciente como un sonámbulo, aturdido por el golpe de la más honda caída... Vagó por las calles, horas enteras, sin rumbo, como empujado, como arrastrado á pesar suyo, andando por andar; su sitio quedó vacío en la mesa de la fonda en que solía comer; y cuando la noche hubo llegado, y fueron las ocho, entró al teatro como de costumbre y ocupó su asiento.



Pasó el primer acto, y en el trascurso del segundo, llegó el momento en que la bailarina debía renovar el espectáculo de sus prodigios. A tiempo que ella aparecía en el escenario, don César se hundía en su agujero como un miserable caracol. Don César no estaba con humor ni con alientos para soportar la provocativa presencia de la bailarina, y buscaba la oscuridad de su cueva como un refugio que le salvara de la fascinación de la serpiente; pero aun allí, llegaba á sus oídos la música del valse, y aun cuando cerrara los ojos, pasaba ante ellos la imagen de la mujer seductora, cada vez más seductora para él, á medida que trataba de apartarla más lejos de sí y de borrarla de su pensamiento...

¡El apuntador á su puesto! —decía, entre telones, la voz del director de escena. — ¡Qué se ha hecho ese apuntador!...

El baile había terminado, y la representación iba á continuar.

— ¡Ese apuntador, qué se ha hecho! — repetía la voz.

Y como nadie diera cuenta de él, bajaron á buscarle, y lo encontraron bailando desahoradamente, en la oscuridad, sobre la confusión de maderas esparcidas por el suelo. Los curiosos se agolparon á su alrededor, y él, imitando en sus gestos y sus sonrisas, las sonrisas y los gestos de la bailarina, se detuvo, hizo un saludo, de una gracia feroz, mostrando la doble fila de sus dientes amarillos y los ojos saltados de sus órbitas, y volvió á empezar con más brio su danza frenética... Y baila todavía, en la triste celda de un manicomio.



SIN MADRE



Giró el torno, y un abismo separó á la hija de la madre. La ley y las sombras ampararon aquel crimen monstruoso, que, á fuerza de repetido, adquiere las apariencias de un hecho vulgar, justificado unas veces por el hambre, otras por la vergüenza, más por ésta que por aquél.

La niña abandonada tenía apenas dos meses. Cuando la recojieron, la hallaron prolijamente envuelta en limpios pañales, y vestida de rico ajuar de hilo, festonado de

valencianas : la habían preparado así, para el martirio, como en la antigüedad se coronaba de flores á las vírgenes que marchaban al sacrificio.

Creció, en la Casa de Expósitos, como crecería una planta en un sótano. Para ella no había cielo porque no había hogar, no había sol porque no había sonrisas maternales. La estrella que guiaba sus pasos sobre la tierra, le marcaba aquel rumbo fatal. Para los sueños infantiles, la vida no tuvo más horizontes que el marcado por las paredes heladas del asilo ; para el corazón, las emociones tiernas fueron tan raras como las flores de invierno. Los días pasaban, los años se sucedían á los años, y á los ojos de la huérfana estendíase el mismo paisaje, presentábase la misma tristeza del claustro, sin que bastase, para darle alegría, la bulliciosa algazara de los compañeros de infortunio.



Un día, una mujer, estéril en su matrimonio, entró á la Casa de Expósitos en busca de una hija. Esperimentaba la necesidad de ser madre, y quería serlo, aun á despecho de la naturaleza. Había allí tantas criaturas desgraciadas á quienes podía hacer felices, llamándolas hijas y ofreciéndoles el amparo de su hogar!

Era la hora del sol, y las expósitass poblaban el inculto jardín, aquí en alegres grupos, allí en sosegada y silenciosa actitud, como una bandada de pájaros asentada en un sembrado. Por cierto, que había donde elejir.

— Yo quiero una mujercita, — dijo la mujer á su marido, — quiero una mujercita de

dos ó tres años, bastante crecida para que no dé trabajos, y no tanto que pueda más tarde recordar que yo no he sido su madre.

Y al decir así, pasaba en revista el precioso enjambre de cabecitas rubias y morenas, buscando la que había de recibir el primer beso de su amor maternal.

—Mira, — continuó — ¿cuál te gusta más? ¿ésta ó aquélla? Fíjate, qué colores los de esa carita!

Y cedía á sus entusiasmos, sin decidirse, cual si fuese una niña llevada á un bazar para elegir muñeca. Si la hubiesen dejado en completa libertad, se habría llevado á todas ó no hubiera escojido ninguna, por temor de no llevarse la mejor.

— ¿Y nada piensas? ¿No me ayudas á buscar? ¿No me dices cuál te parece más linda y más buena? — preguntó, por último.

El marido miró con aparente indiferencia,

como si encontrase á todas iguales, é indicó una, que en ese momento escarbaba la tierra con una rama seca.

— Está hecha la elección, — dijo la mujer.
— ¡ Esta será desde hoy, nuestra hija !

Y corriendo hácia ella, y tomándola entre sus brazos, la cubrió de besos, la acarició en la frente y los cabellos, le arregló las ropas, prodigándole sus ternuras maternas. La niña, sorprendida, azorada, abría sus grandes ojos negros y miraba á la desconocida, y dudaba si debía llorar ó sonreír. Algunas de sus compañeras habían suspendido sus juegos, y, llamadas por la curiosidad, observaban la escena, sin comprender lo que pasaba.

— ¿ Quieres que te lleve conmigo ? — preguntaba la mujer á la niña. -- Yo soy tu mamá que viene á buscarte. Te daré caramelos, juguetes . . . ¿ quieres ?

La expósita, por toda respuesta, inclinaba

tímidamente la cabecita sobre su pecho y cruzaba las manos.

— ¡Qué buena es! — agregaba, dirigiéndose á su marido. — Y además se te parece mucho. . . . Dirán que es nuestra hija verdadera. . . .



— Se le parece! . . . repetía involuntariamente, en sus adentros, la mujer que acababa de sacar á la niña del asilo. . . . ¿Se le parece? . . . ¿Y por qué? . . . Tiene los mismos ojos, el mismo perfil, igual color. . . . ¿Será casualidad? . . . Y ¿qué otra cosa puede ser? . . . ¡Vaya un gusto el mío, de atormentarme con ideas tan horribles! . . . Como se parece á él, podía haberse parecido á mí; y ¿tendría

alguien derecho para pensar algo malo?...

Y convencida de que disparataba, abandonaba sus preocupaciones, y hacía que se rompieran las sombras agolpadas sobre su frente por los más dolorosos pensamientos. Sin embargo, esa tranquilidad no duraba mucho. Nuevos argumentos imprevistos se agregaban de pronto á los anteriores, para reforzarlos; y volvía á cavilar, á sufrir el peso de su infortunio.

— No sólo se le parece; — decía, — al cabo, eso no tendría mucho de extraño.... Pero, hay algo más... Se puede decir que fué él quien la eligió... ¡ Ya son muchas casualidades para tragarlas!... Si hasta segura estoy de que antes de llevarme, sabía él cual había de traerse á casa.... ¡ Ah! hombres!.... ¡ Ah! infamias!....

La idea germinaba con fuerza, y echaba hondas raíces en el alma de la esposa. No

había razones que desvirtuaran sus juicios. Aquella niña del asilo era para ella una hija natural de su marido, puesta á su cuidado por medio de una astucia miserable.

Refiriendo á su confesor tamañas desventuras, oyó la esposa este argumento :

— Hija mía, dos manzanas se parecen ; más aún, son idénticas : por fuera, los mismos colores ; por dentro, igual sabor . . . ¿ Puedes tú asegurar que pertenecen al mismo árbol ?

— No, — contestaba ella, sin perder terreno en el debate, — pero la manzana es siempre hija del manzano, y no me citará Vd. un solo duraznero que las haya producido . . .

Era en vano. Contra la mujer celosa, jamás habrá pleito ganado. Las razones más sólidas, se hacen en sus manos maleables como la cera, ó se desmenuzan como el terrón seco. Ni la comparación de las manza-

nas era capaz de resistir á la lógica de su argumentación.

— ¡ Se le parece ! Maldita semejanza, que ha venido á perturbar mi vida ! esclamaba la infeliz mujer. — ¡ Se le parece !



Entretanto, el marido permanecía ajeno á esas cavilaciones que roían, en secreto, el espíritu de su mujer, y la niña se veía nuevamente privada de caricias y de mimos. Los besos de su segunda madre no encendían ya las rosas de sus mejillas, ni se dormía al arrullo de la voz que solía cantar, por las noches, junto á su cama. Una capa de hielo caía de nuevo sobre su existencia, y mataba todos los gérmenes de la felicidad.

Un día, la llevaron al asilo. La misma

mujer que le había dicho : « Yo soy tu madre . . . te daré caramelos, juguetes . . . » la entregó á una hermana de caridad, y se despidió de ella, dándole apenas, sobre la frente, un beso desganado y sin calor. La niña infeliz, dos veces huérfana, sintió los ojos humedecidos por las lágrimas, al verse de nuevo en los anchos claustros solitarios, sin besos, sin muñecas, sin alegrías y sin sol . . . Luego, un grupo de criaturas de su edad, se le acercó, y la llevó consigo. Ella enjugó sus lágrimas, y sonrió . . . Su cuna no había sido, como la de Moisés, entregada á las aguas tranquilas de un río: lo fué á un mar sin playas, y empezaban á serle familiares las violentas sacudidas de las olas . . .



